



Primera edición: julio, 2022

© Texto: Ana Torres

© Diseño cubiertas: Celia López Bacete [www.celialopezbacete.com](http://www.celialopezbacete.com)

© Ilustración cubiertas: Azul Espacial [@azulespacial](mailto:@azulespacial)

Maquetación y diseño interior: Lara Losada

ISBN-13: 978-84-122632-9-9

Depósito legal: D.L. TO 208-2022

Impreso en Madrid, España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra.

Para mi mamá.  
También tuvo miedo, pero se lo aguantó.

«Mi madre me contó que yo lloré en su vientre.  
A ella le dijeron: tendrá suerte».

JAIME SABINES

## Primera parte

Tenía la panza abierta, pero no me dolía. Sentía como si alguien estuviera bailando sobre mi abdomen, una leve pero perceptible fuerza con la que manipulaban mis órganos internos; me impactó sentir que alguien me tocaba por dentro. Me imaginé que yo era la uva durante la vendimia y con las pisadas, en lugar de extraer el mosto, extraían un bebé. Una cesárea de emergencia es traumática, pero estaba emocionada porque en unos minutos conocería a mi hijo.

Cuando lo sacaron, sentí que se botó de mi cuerpo, como una piedra enterrada que al arrancarse de la tierra deja un vacío inmediato. No recuerdo escuchar llanto. Tal vez mi hijo era como aquel poema de Sábines en el que un niño llora dentro de su madre, tal vez lloró tanto dentro de mí que cuando salió ya no le quedaba llanto, o tan sólo era que iba a tener suerte, buena o mala, no lo sé. Lo acercaron a mi rostro, pero no pude sostenerlo ni tomarlo entre mis brazos. En ese momento no podía romantizar mi cesárea porque es como si te crucificaran: te amarran los brazos y te atan a la camilla, así como si te ataran a la cruz con los

brazos abiertos. Tal vez es un presagio de que la maternidad es hermosa, pero al mismo tiempo es la cruz que decidí cargar. Te amarran para que no intentes meter tus manos mientras te abren la panza. Tiene lógica que te protejan de ti misma; si no estuviera amarrada, yo misma intentaría arrancar a mi hijo de mi cuerpo. La urgencia de tocarlo me ponía más nerviosa y desesperada. Mientras más cerca estaba de conocerlo, más se alejaba. Esos últimos minutos parecían no terminarse nunca. Cuando lo acercaron a mí no pude ver su rostro, pero lo sentí; sentí el calor que te ofrecen las cosas vivas y, así como con el mosto recién exprimido, sentí ganas de beberlo, de beberme su vida que se abría por primera vez ante mí, así como cuando, algunos aseguran, puedes ver tu vida en un instante antes de morir. Igual pero al revés. En ese momento, crucificada en el quirófano, vi la maravillosa vida de mi hijo. Se lo llevaron para revisarlo, le hicieron el *test* de Apgar y, entre sueños, el pediatra me explicó qué es lo que calificaba. Me pareció absurdo que a lo primero que tengas que enfrentarte nada más nacer sea a un examen, a una calificación. Mientras terminaban de cerrarme y explicarme cosas que no recuerdo, veía cómo el pediatra y las enfermeras estaban alrededor de mi hijo y cómo lo

revisaban e intentaba encontrar un huequito entre esos cuerpos con uniforme quirúrgico que me permitiera ver su rostro. Una de las enfermeras se hizo a un lado y por fin pude ver directamente su carita. No sé si las madres dicen esa frase con orgullo o resignación, pero yo dije con alegría: «Te traje nueve meses cargando y eres igualito a tu padre». Me parecía un milagro que de mí y de él ahora existiera un aquel. No me importaba que a simple vista sólo pareciera hijo de él, porque en ese niño, por dentro, también estaba yo.

\*\*\*

Yo quería una cesárea programada porque me cagan las sorpresas. Me sentía poderosa al elegir el día que nacería mi hijo. En realidad a Dios le dejaba pocas cosas. Si yo podía generarlas, para qué lo molestaba con cosas tan insignificantes como el día en que nacería mi hijo. Yo dejaba a Dios para que los demás lo usaran. Que se fuera a ayudar, por ejemplo, a Anel, mi hermana, que no se da cuenta de cómo me mira su marido. Quizá si se arreglara y se vistiera más halagadora, otra cosa sería. Mi hermana es de las que cree en el amor y en las almas. Yo no creo en

eso, ni me interesa creer. Yo confío en la inteligencia y en la ciencia. Digo, para verme así como veía, algo de inteligencia debía de tener, ¿no?

Pedí mi cesárea por la tarde para tener tiempo de arreglarme. Soñaba con esa foto mía perfecta, impecable. La mandaría poner en medio de la sala de mi casa, como los retratos en los salones de los castillos que veía en las películas cuando era niña, o en las casas de gente famosa, como las Kardashian. Esa sería la foto con la que anunciaría en Instagram el nacimiento de Cristiano. Contraté un fotógrafo fregón que me recomendó mi amiga Isa. En Isa confiaba un poco más que en Mariana, porque Mariana nunca me quiso decir quién era el ginecólogo que dejaba ir a las embarazadas maquilladas a las cesáreas, pero bien que ella sí salía en sus fotos de quirófano hasta con pestaña postiza, muy guapa según ella; de su hijo mejor ni hablamos, igualito al indio del papá. Por supuesto, Mariana no iba a ser la única. Yo también encontré a mi ginecólogo *cool*. Lo único que no me permitió el doctor fue pintarme las uñas. No entiendo cómo eso le puede decir al anestesiólogo si algo anda mal. Para eso están los aparatos, ¿no? En fin, no me quise arriesgar, así que las uñas me las dejé pelonas. Me concentré en mi cabello planchado y un



*makeup* natural. Quería que se viera que, sin esfuerzo, estaba espectacular. La que es linda, es linda. Yo, recién parida, me veía mejor que muchas de mis amigas. Danna, mi amiga la *hippie*, antes Montessori y ahora Waldorf, me suplicó que hiciera caso, que si me producía los doctores no podrían verme la cara para ver si algo comenzaba a andar mal durante la cirugía. Yo le daba el avión, pero pensaba: «A la que le vieron la cara fue a ella, haciéndole creer todas esas ideas de moda». Ella de pendeja que se agarró el *look* de madre fodonga desde antes de ser madre. No sé cómo se atrevió a subir a Facebook esas fotos de su parto en casa porque en lugar de recién parida parecía desahuciada. No mentí cuando en esa foto le dejé en los comentarios un «te admiro»; claro que la admiraba, qué huevos de subirse a las redes con esa carita. A mí me gusta estar presentable siempre porque nunca sabes quien te va a etiquetar en alguna foto y, sobre todo, quería verme bien en la cita con el que dicen es el amor de mi vida. Esperaba sentir eso que cuentan otras y que describen como el mejor día de sus vidas. Hasta el día de la cesárea, otro ser vivió dentro de mí 38 semanas y no lo sentía mío. Tenía algo vivo creciendo en mi cuerpo con lo que no conectaba; esa cosa me conocía por dentro, pero sus movimientos en mí

panza eran los de un intruso. Por eso no estaba nerviosa el día de la cesárea, me urgía que me lo sacaran, como ese trastorno psiquiátrico en el que los pacientes no reconocen como propias las partes de su cuerpo y ruegan que se las amputen. Así quería que me amputaran a mi hijo. No lo reconocía como de mi familia, ni me reconocía a mí misma embarazada.

\*\*\*

Supongo que me dormí o me durmieron después de ver su carita porque no recuerdo nada. Cuando desperté, o cuando volví a recordar, estaba en la habitación. A mi lado estaba mi mamá, verla conmigo me daba paz. Me dijo que Andrea venía en camino, que aterrizaría en México dentro de unas horas. Mi fecha de parto estaba programada 15 días después, nunca creímos que nos ganaría el bebé. Yo sí quería que mi hijo naciera en México. Me daba miedo dar a luz allá y que si algo se complicaba, aunque sé hablar italiano casi perfectamente, no pudieran entenderme. No me sentía segura en un hospital italiano. Me acordaba de aquel futbolista ecuatoriano que falleció en Catar, recién trasladado para jugar allá. En mi mente él había fallecido

porque nadie pudo entender qué era lo que le dolía. En México pude pagar un hospital privado y tener al mejor ginecólogo para mí. El mismo que recibió a mis sobrinas y en el que confiamos; después de tantos años se ha convertido en un amigo de la familia. Mi hermana Lara insistía que mi hijo debía nacer en Italia. De cualquier manera, con un padre italiano, mi hijo también lo sería; daba igual si nacía aquí o allá. Yo quería estar con mi mamá, sentirme acogida por esta comunidad que también soy yo y que también sería Ignacio. Además, quería que mis papás disfrutaran al primer hombre de la familia. Aparte de mi papá, nosotras somos tres hijas mujeres, tres sobrinas y, desde hoy, también somos mi Ignacio.

Busqué a Ignacio con los ojos, pero no estaba en la habitación. Me sentía bien, un poco mareada solamente. Me di cuenta que ya era de noche y lo primero que hice fue mover mis piernas. Me daba miedo no volver a sentir las por el bloqueo. Después de comprobar que podía moverlas, intenté sentarme y de la nada comencé a vomitar. Era un vómito involuntario, se venía sin avisar. No sentía náuseas, sólo vomitaba de repente. No estaba asustada, aunque me asusto con facilidad; mi ginecólogo me dijo que era normal, que era por la anestesia y que me

sentiría mejor en unas horas. En México, cuando te alivias, la primera noche se llevan a tu hijo al cunero; en Italia no, en cuanto el niño sale, te lo enjaretan. Allá sí te dejan ser mamá luego, siempre y cuando no haya complicaciones. Aquí nos la hacen de emoción. Yo pedí que lo llevaran conmigo, pero la enfermera me dijo: «Estás vomitando, mejor descansa y, en cuanto te sientas mejor, te lo traigo». Entre el vómito y el mareo mi recién estrenada maternidad era el puro título. Era la madre de Ignacio sólo porque ya no estaba dentro de mí, pero apenas lo vi unos segundos en el quirófano. Nada de lo que había planeado sucedió: no habíamos hecho piel con piel, ni me lo había pegado al pecho, solamente vi su rostro de lejos. Era como si el inicio de la maternidad se alargara y yo no pudiese ejercerla. Cuando por fin iba a tener a Ignacio en mis brazos pasaba algo que me lo impedía. Trataba de verlo de manera positiva y de no hacer drama. Mi mamá decía que ser aprensiva no cambiaría las cosas, así que traté sólo de mejorarme y descansar para por fin recibir a mi hijo del cunero y mi mamá no tuviera que desgastarse recordándome lo que me ha recordado constantemente: «Todo va a estar bien». A veces quisiera ser como ella, siempre luce tan tranquila, como si supiera de antemano lo

que tanto me recuerda. Ignacio era lo más bonito que yo tenía. ¿Cómo podía estar tranquila a partir de ahora? Aún no lo tenía en mis brazos, pero ya tenía miedo de perderlo. Desde que me embaracé vivo preocupada, supongo que mi madre también se preocupa, pero es el trabajo de una madre transmitir tranquilidad aunque por dentro sienta miedo.

Entre vómito y vómito, mi mamá me contó lo que le dijo Daniel, nuestro ginecólogo (sí, también es el de ella): resulta que cuando me acercaron a Ignacio en el quirófano yo le hablé a mi bebé; le dije cosas, le aventé un discurso de esos que tengo todo el tiempo en mi cabeza y rara vez suelto. Normalmente procuro acomodar de manera correcta lo que pienso, lo que siento. Intento contenerme para no soltar la boca y luego arrepentirme. De adolescente era muy impulsiva. Ahora no quiero ser así y menos siendo madre. Espero, por lo menos, haber sido coherente en ese discurso que aseguran le dije a mi hijo y del cual no recuerdo nada porque estaba dopada. Supongo que le dije cosas hermosas y que le hablé de su maravillosa vida. Quizá eso fue lo que en realidad pasó en el quirófano y yo no vi pasar nada, ni bebí ningún mosto. No es que haya tenido una premonición de su vida y de su gran futuro, lo único

que pasó es que sentí verdaderamente lo que le dije. Esos fueron mis deseos para él. Para bien o para mal, no recuerdo ese discurso al bebé.

Como mi mamá siempre tiene plática y yo era una mamá mareada y sin quehacer, me recordó algunas de sus anécdotas después de cirugías; es de las que dice cosas sin sentido cuando está bajo los efectos de la anestesia. Tenemos varios chistes locales sobre mi madre hablando sandeces con los que le echamos carrilla entre las hermanas. Le pedí que parara, reírme con la panza rajada no fue la mejor idea, porque te daba más risa, como cuando en la escuela no debes reír en clase y entonces te da más risa. Si en aquellos tiempos existieran los teléfonos inteligentes, habríamos grabado a mamá y seguro se habría hecho viral. «Top anestesiados más divertidos». Afortunadamente yo no heredé esos dones de hablar semi consciente. Dejé de vomitar como a las tres de la mañana, dormí otra vez sin verlo y sin hacer drama.

\*\*\*